

Leila Guerriero
Teoría de la gravedad
Prólogo de Pedro Mairal

Primera edición en Libros del Asteroide, 2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Leila Guerriero, 2019
© del prólogo, Pedro Mairal, 2019
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Todos los textos incluidos en este libro se publicaron en el diario *El País* entre los años 2014 y 2019

Imagen de cubierta: © Antonio Terlizzi
Fotografía de la autora: © Emanuel Zerbos

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-99-7
Depósito legal: B. 21.835-2019
Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.
Impreso en España – Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Prólogo: En carne viva

A Leila Guerriero no se le escapa nada, ve incluso lo que no se ve. Una mañana, hace varios años, me encontré con ella en un bar a terminar de cerrar un proyecto y en un momento tuve que sentarme de costado, con la espalda contra la pared, para que su mirada de rayos X pasara de largo. Me estaba transparentando. ¿En qué consiste la intensidad de esa mirada? Creo que son muchas cosas, entre ellas: una curiosidad lateral de niña despiadada, una gran capacidad para analizar el comportamiento humano, una observación forense, la habilidad para volverse medio invisible por momentos, una conciencia permanente del tiempo, su ferocidad verbal y su poesía.

También se me aparece la palabra tesón entre sus cualidades. Una palabra que no uso nunca, pero que se le aplica sólo a Leila Guerriero. Algo así como firmeza, decisión y perseverancia. Su carácter sintáctico. En este libro uno la adivina ahí parada insistiendo en la correntada de los días, «como el junco en la cólera del agua». La cita es de César Mermet.

Hay una mitología personal en *Teoría de la gravedad*. La infancia en una ciudad chica de la llanura pampeana

con arroyos donde se pesca y una casa con plantas, la familia, los padres, los hermanos, los abuelos, los hospitales y las pérdidas paulatinas, la euforia sin muebles en la llegada a Buenos Aires, la exploración del anonimato en la multitud, los recitales extenuantes y casi místicos, las parejas, los viajes, el aprendizaje solitario de un oficio como quien adquiere un superpoder.

Sin embargo, no podría decir que el libro es autobiográfico. Por momentos pareciera que lo fuera, que la autora se dejara ver completamente, pero cuando entramos a cada texto ella acaba de salir y nos dejó sobre su escritorio estas fotos ardiendo. Mientras leemos, sus gatos nos miran. No sé bien cómo lo hace. Sus columnas son autorretratos donde ella misma no está. Pero están sus huellas, está su pan humeando recién horneado. Su forma de sacrificarse hacia el lenguaje, de convertirse en letra escrita. ¿Cómo logra ese efecto inquietante? Hace sentir al lector como un intruso con palpitaciones. Nos deja su silla vacía como si pudiéramos ser ella por un instante.

Y lo hace con brevedad. Hay autores a los que no les sienta bien la brevedad. No alcanzan a calentar motores y ya se les acabó la página. Otros, como Leila Guerriero, usan las formas breves para desplegar ahí dentro todas las maniobras necesarias para liquidar emocionalmente al lector. Como si alguien nos contara el fogonazo de una vida espeluznante en un solo viaje de ascensor.

Estas columnas son estructuras verbales, dispositivos de prosa afilada, que tienen algo de poema. Es decir, se refieren a algo, pero a la vez son en sí mismas algo. Son formas hechas con el lenguaje. Tienen la esencialidad del poema, ni una palabra de más. Y exploran la enumera-

ción aleatoria de la lírica, ese aparente desorden que no es otra cosa que el orden personal de la memoria. Son como poemas, pero prosificados. Todo lo contrario a la prosa poética e invertebrada. Esto es todo vértebra, arquitectura lingüística levantada con maestría. (Recomiendo leerlas en voz alta para disfrutar su destreza verbal.) El homenaje a la condensación simbólica de la poesía se hace explícito cuando muchos de estos textos cierran con una cita de algún verso de un poema por el que la autora se siente interpelada, unas pocas líneas que desatan o resumen un tema.

Pareciera que la brevedad no le provoca una limitación sino una liberación, las columnas son como estallidos controlados, una energía que se desata en unos pocos caracteres. Nunca parecen ser un fragmento de algo más largo. Siempre son eso, con su comienzo y el jaque mate del punto final. Y nos deja con la pregunta en el alma. Porque, si hay algo a lo que se anima, es a soportar la incertidumbre, las dudas existenciales. El por qué, el para qué de todo esto, de esta lucha siempre renovada, como dice Whitman. El zumbido eléctrico de la Matrix está a punto de apagarse para revelar qué se ocultaba detrás. Explora sin miedo esa gravedad de bodegón barroco que tiene la experiencia cotidiana, el claroscuro, la gravitación del dolor detrás de la luz. Porque nunca es liviana Guerriero, puede mostrar personajes que intentan serlo, pero ella les pinta bien su larga sombra terrestre. Cada destino se derrama en su peso. Hay una teoría en esa gravedad y, durante todo el libro, está a punto de revelárnosla.

En el centro de estos textos aparece una serie de instrucciones que dejan los pelos de punta. El devenir de

una pareja alienada. Una especie de autoayuda invertida: instrucciones para una silenciosa autodestrucción emocional. El relato, como una micronevela a toda velocidad, va describiendo el crecimiento del odio entre dos personas. Un odio que al final no es culpa de nadie, y eso lo hace más espantoso, un ente que se instala y va tomando a la pareja hasta destruirla.

Hay un juego de continuidades y saltos en *Teoría de la gravedad*. Uno va intuyendo por qué la autora eligió poner juntos determinados textos. Hay combinaciones, contrastes, temas que crecen de una página a otra, y se silencian, y reaparecen. ¿Qué hay en esos saltos, ese espacio en blanco, esa suspensión en el aire? Ahí se juegan muchas cosas del libro, porque somos los lectores quienes entramos por los intersticios entre las columnas y terminamos de ver el gran dibujo en nuestra cabeza. Cada uno a su manera arma la constelación. Le encontramos sentido a las vecindades, los cambios de ritmo, los amagues. La autora a veces oculta, a veces revela. A veces relaciona, a veces fractura. El orden en sí mismo es una historia.

Entonces este libro, ¿es periodismo o es literatura? En el caso de Leila Guerriero no se puede diferenciar un oficio del otro: son lo mismo. ¿Pero es ficción o es no ficción? Es ficción en la medida en que el *yo* es una construcción y contiene multitudes. Y es no ficción porque muestra con honestidad brutal justamente la construcción de esa primera persona. Ella se desarma y se arma varias veces en estas páginas. Siempre cae de pie después de la acrobacia. Y corre, por las calles de Santiago de Chile, de Buenos Aires. En carne viva.

Acá está la palabra tensada en una búsqueda incesan-

te, la inconformidad, el tiempo asesino y luminoso, la vida entera, el coraje de enfrentar y decir la verdad, la llaga de los vínculos, la fuerza de la escritura. Porque escribir nos salva y nos condena al mismo tiempo. Este no es un libro para olvidarse de uno mismo y flotar en destinos ajenos, sino un libro para caer justo en el centro de nuestra propia existencia.

PEDRO MAIRAL

Teoría de la gravedad

Para Diego, por las coordenadas

El pacto

Aquí yo, otra vez, arrastrándome en el pantano de los rotos o flotando feliz entre la euforia de los vivos, idéntica a mí, la muy sincera, la muy falsa, la esquivada, la insensible, la mísera, la idiota, la astuta, la excesiva, la austera, la retrógrada, la feminista, la jurásica, la iracunda, la violenta, la agresiva, la suave, la tan suave, aquí yo, yo, yo, la egocéntrica, la narcisa, la modesta, la muy humilde, la tan humilde, la soberbia, la confundida, la preclara, la confusa, la confesa, la caníbal, la cobarde, la cursi, la que habla de sí, la que no habla de sí, la que sólo habla de sí, la impávida, la fría, la muy cálida, la kitsch, la ruda, la bruta, la brutal, la que vive en sosiego, la desasosegada, la que te tiene harto, la que no sabe lo que dice, la que no dice lo que sabe, la que lo cuenta todo, la que no cuenta nada, la que lo cuenta todo pero no cuenta nada, la que no sabe escribir, la que escribe como puede, la que no escribe en absoluto, la que no piensa, la que no sabe pensar, la enredada, la vacua, la precisa, la justa, la tan justa, la honesta, la muy insoponible, la rastrera, la infame, la insumisa, la blasfema, la que pide y no da, la que da pero no quiere, la que lo

quiere todo, la que nunca da explicaciones. «Mi propósito —dice Balder, uno de los personajes de *El Amor Brujo*, del escritor argentino Roberto Arlt— es evidenciar de qué manera busqué el conocimiento a través de una avalancha de tinieblas y mi propia potencia en la infinita debilidad que me acompañó hora tras hora.» «Poco a poco tendré que ir saqueando mi propia vida para ofrecerla al mejor postor», escribe Andrés Felipe Solano en Corea, apuntes desde la cuerda floja. Vengo aquí. Saqueo mi vida. Ahí la tienen. ¿Para qué la quieren? Yo, a veces, la prendería fuego.

Supongo

Supongo que creen que siempre tendrán ganas de comprar los primeros jazmines de la primavera. De llenar la casa de flores. De estrenar ropa. Supongo que creen que siempre tendrán deseos de vivir un tiempo en un país extranjero. De tomar un tren. De salir con amigos. De ir a bares, al cine, a la montaña, a pasar diez días junto al mar. Supongo que creen que siempre querrán viajar a Nueva York, conocer las islas Fiyi. Ir a Laos y a Myanmar. Mirar caballos sueltos en el campo. Escuchar música, podar las plantas cuando sea la época, hacer regalos. Supongo que creen que siempre querrán cocinar para alguien, vestirse para alguien, tener sexo con alguien, despertar con alguien, decirle a alguien «Me importás mucho». Dormir abrazados. Supongo que creen que siempre tendrán afecto y que lo querrán. Vida y que la querrán. Días por delante y que los querrán. Supongo que creen que siempre sentirán el tirón del deseo, que siempre responderán con la caballería del entusiasmo. Que nunca se mirarán al espejo y pensarán «lo mejor ya pasó y ni siquiera me di cuenta». Supongo que creen que nunca estarán cansados. Cítricamente cansados. Como

una piedra muerta. Supongo que creen que la vida les va a durar toda la vida. Que la alegría les va a durar toda la vida. Supongo que suponen que nunca estarán unidos a cada una de las horas por el hilo flojo de la desesperación. «Vas a dejar cosas en el camino / hasta que al final vas a dejar el camino. / Vas a estar estancado pero sin cultivar enfermedad. / No te vas a pudrir, ni vas a provocar fermentación. / Lo que renueves, se renovará por sí. Lo que no circules, se renovará por sí. / No vas a promover conflictos: / nadie se pelearía por vos. Vas a carecer de valor», escribe el poeta argentino Mariano Blatt. Nadie nos advierte, pero el infierno vive en nosotros bajo la forma de la indiferencia.

Era la vida

Debería, por ejemplo, empezar por viajar más, por viajar menos, por no viajar en absoluto. Debería hacer las paces con mi padre, debería depender menos de mi padre, debería ver a mi padre más seguido. Debería salir de esta casa en la que paso tanto tiempo sola, debería quedarme en casa y no salir a aturdirme con gente que no me importa en absoluto. Debería terminar mi novela. Debería renunciar a este trabajo que detesto. Debería ir a bailar antes de ser el más viejo de la discoteca. Debería divorciarme. Debería empezar a usar toda esa ropa que hace años que no uso. Debería ir a recitales. Debería invitarla a cenar, invitarlo a un bar, decirles que soy gay. Debería parar con la cocaína. Debería probar alguna vez un trago, debería beber menos, debería dejar de beber. Debería aprender a tocar la guitarra. Debería ir a África mientras todavía puedo caminar. Debería cambiar de analista, conseguir un analista, dejar de ir al analista. Abandonar las pastillas. Ceder. No ceder. Arrojar me en paracaídas, tomar un curso de buceo, poner un hotel en la montaña, un bar en una playa de Brasil. Ir más despacio, ponerme en marcha, no mirar atrás. A fin de

año, más que nunca, la vida no es la vida sino una patética declamación de buenas intenciones, una renovación del permiso de postergarlo todo, una fe idiota en que nunca será demasiado tarde para nada. «Toda la inmortalidad que puedes desear está presente / aquí y ahora», escribió el poeta chileno Gonzalo Millán en *Veneno de escorpión azul*, su diario de vida y de muerte, y esa bestia terrible de la poesía, la uruguaya Idea Vilariño, dijo, mejor que nadie, peor que nunca: «Alguno de estos días / se acabarán las bromas y todo eso / esa farsa / esa juguetería / las marionetas sucias / los payasos / habrán sido la vida».

Antes

Antes de que todo esto se termine. Antes de que cierren la casa y vendan los muebles y regalen los libros. Antes de que se repartan los cosméticos y los zapatos. Antes de que arrojen las cacerolas a la basura. Antes de que vacíen las alacenas, de que se lleven las especias, los fideos. Antes de que se terminen los días felices y las tardes de domingo. Antes de la última de las madrugadas. Antes del final de la angustia. Antes de que se acaben el sexo sin amor y el amor sin sexo. Antes de que la ropa se pudra en los placares. Antes de que descuelguen los cuadros y cubran los sillones con lienzos y cierren las ventanas para siempre. Antes de que quemen las fotos. Antes de que se resequen los felpudos, de que se oxiden las cortinas en sus rieles. Antes de que se terminen la curiosidad, los huesos, el hígado y las córneas. Antes de que se sequen todas las plantas del balcón. Antes de que no haya más nieve, ni colores, ni trópicos. Antes del final de todas las selvas, de todos los mares, de todos los reflejos en el agua. Antes del último poema. Del final de las veredas y las calles. Del fin de todos los paseos. Antes del adiós a todos los aeropuertos y todos los aviones y

todas las ciudades y todos los cafés con vidrios empañados. Antes de la cancelación de todas las discusiones, de todos los argumentos, de toda la furias, de todos los desprecios. De todas las metálicas ansiedades. Antes del fin de los gritos, de la desolación y de la culpa. Antes de la última agenda, del último viernes, del último bar, del último baile. Antes de que se apaguen todas las cúpulas y todas las pantallas. Antes de que las polillas se coman los restos de la lana y de la almohada. Antes del final de las mascotas. Antes, mucho antes: hay que vivir. Pero ¿cómo? ¿Cómo? «Qué admirable / el que no piensa “la vida huye”/ cuando ve un relámpago», escribió Basho. Admirables los que están en el tiempo sin pensar en él.

Perder

No siempre tengo cosas para decir. Entonces, a veces, me pongo a leer a Elizabeth Bishop. Y siempre, antes o después, llego a ese poema portentoso: *El arte de perder*. «El arte de perder no es muy difícil; / tantas cosas contienen el germen / de la pérdida, pero perderlas no es un desastre. / Pierde algo cada día. Acepta la inquietud de perder / las llaves de las puertas, la horas malgastadas. / El arte de perder no es muy difícil. / [...] Desaparecieron / la última o la penúltima de mis tres queridas casas / [...] / Perdí dos ciudades entrañables. Y un inmenso / reino que era mío, dos ríos y un continente. / Los extraño, pero no ha sido un desastre.» Claro que no hay nada más difícil —y Bishop lo sabía— que el arte de perder. Hoy vi, otra vez, una película llamada *Une liaison pornographique*, en la que él —Sergi López— y ella —Nathalie Baye— se encuentran en un motel, sin saber nada el uno del otro, sólo para tener sexo: buen sexo. Lo hacen durante mucho tiempo hasta que algo se corre de lugar (como si se pudiera tener buen sexo con alguien durante mucho tiempo sin que nada se corriera de lugar), y entonces ella dice «¿Y si lo hiciéramos *de verdad?*». Y

lo hacen: de verdad. Como si fuera la primera vez. Y el amor —un embrión flojo pero firme— resulta ser el ángel de la muerte, porque es exactamente entonces —cuando dejan de ser el uno para el otro un poco de carne sin pasado y sin nombre— cuando empieza el momento de perder. Hace tiempo, un escritor amigo me dijo esto: «Sólo cuando sé que mi hija está condenada por mí, que la traje al mundo para morir y acepto eso, es cuando puedo ser su padre de manera cabal, liberándola y liberándome». Habituarse a una hermosa risa humana, a un cuerpo vivo, cuesta muy poco. Dejar partir, en cambio —dominar el arte de perder—, cuesta la vida.

Cansancio

Había pasado un par de meses sin ir a ver al doctor L. Me recibió afable, como siempre, y como siempre, con su acento chino, me preguntó: «¿Cómo shiente?». Le dije «Muy bien», y era verdad, sólo que no me había dado cuenta hasta verlo aparecer, y de hecho es posible que hubiera llegado hasta allí sintiéndome fatal pero que su sola presencia me haya hecho sentir espléndida. El doctor L. tiene ochenta y un años y, ya lo dije antes, practica cosas en las que yo no creo. La medicina china, la acupuntura. El doctor L. hizo lo suyo y después, como siempre, me dijo: «Relaja, cierra ojo, escucha música». Obedecí, mientras él se alejaba con pasos sigilosos sobre el piso de madera. Entonces, como siempre, me dediqué a ejercer mi karate mental: a pelear contra toda la basura flotante que hay en mi cerebro. En eso estaba cuando escuché que llegaba un paciente a la camilla de al lado, separada de la mía por un biombo. Era un hombre. Se recostó y el doctor L. le preguntó qué problema tenía. El hombre respondió: «Cansancio». La voz me dejó helada. Porque eso no era cansancio. Era alguien que está de pie en el balcón con la pistola cargada apuntán-

dose a la sien. Una vez el doctor L. me preguntó cómo estaba y yo le dije «Tengo pesadillas». Él dijo: «El sueño no sabe». Ahora le susurró al hombre: «Tranquilo». Eso fue todo. Y el hombre, al otro lado del biombo, suspiró. Fue un suspiro horrible, como quien sabe que no tiene remedio. Yo abrí los ojos y miré la lámpara de caireles que pende del techo de la antiquísima casa donde atiende el doctor L. y recordé esa frase que es la única que me arregla cuando no tengo arreglo. Una frase de uno de los personajes de ese libro que es un continente, llamado *Las palmeras salvajes*, de William Faulkner: «Entre la pena y la nada elijo la pena». El cansancio proviene, claro, de no saber cuándo termina.

Antídotos

Se hace así: se tienen padres, madres, hermanos, se vive una infancia más o menos feliz y más o menos triste, una adolescencia más o menos feliz y más o menos triste, una juventud atolondrada. Se tiene una vocación. Se vive —se logra vivir— de, por, con, en, para ella. Se viaja a sitios inesperados, impensables. Se hacen cosas inesperadas, impensables. Se encuentran hombres y mujeres inesperados, impensables. Se cometen prodigios y desastres. Se mira hacia atrás con vértigo. Hacia adelante con curiosidad. Nunca a los lados. Y se sigue y se sigue. Y todo parece bien, y hasta muy bien, o razonablemente bien. Hasta que un día se mira alrededor y ya no hay vértigo. Ni nada inesperado. Ni prodigios ni desastres. Sólo cordialidad y horror. Un mundo que parpadea sin ganas. Un blindaje de pájaros muertos. De bostezos brumosos. Entonces se hace así: se abre la puerta de casa. Se bajan las escaleras. Se sale a la calle. Se llega hasta la esquina (como si se fuera a huir definitivamente). Pero una vez allí no se hace nada salvo seguir respirando y recordar este verso de Sharon Olds: «Qué precisión se hubiera necesitado / para que los cuerpos volaran a toda

velocidad por el cielo tanto tiempo sin lastimarse el uno al otro». Y esta trilogía de Nicanor Parra: «Ya no me queda nada por decir / Todo lo que tenía que decir / Ha sido dicho no sé cuántas veces». Y: «He preguntado no sé cuántas veces / Pero nadie contesta mis preguntas. / Es absolutamente necesario / Que el abismo responda de una vez / Porque ya va quedando poco tiempo». Y: «Sólo una cosa es clara: Que la carne se llena de gusanos». Después se vuelve sobre los propios pasos. Se suben las escaleras. Se entra en casa. Se sigue. Así se vive cuando se tiene temple. Y el corazón helado. (Y no se piensa nunca en el verso de Joseph Brodsky: «Y temblarás al escuchar decir: “Querido”». Jamás se tiembla.)